

Lengua y poder: migración, cultura nacional e identidad.

*Claudio Bogantes Zamora **

En 1996 el Prof. Samuel P. Huntington, de la prestigiosa Universidad de Harvard, se hizo conocer de un vasto público a nivel mundial gracias a su libro *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, en el cual discutía y preveía un inevitable choque cultural entre la civilización occidental y la musulmana. En el último número de la revista *Foreign Policy* (marzo/abril de 2004), Huntington publica un artículo en el cual se vuelca sobre la amenaza que la presencia de los “*Hispanics*” representa, en su opinión, para la identidad, los valores y el modo de vida de los norteamericanos: “José, Can You See? On how Hispanic immigrants threaten America’s identity, values, and way of life.”. Esa amenaza viene, según los temores del profesor de Harvard, sobre todo del hecho de que un número creciente de ciudadanos, especialmente de origen mexicano, se niega a adoptar los patrones culturales estadounidenses, tratando de conservar su lengua materna, exigiendo una educación bilingüe y una comunicación con las autoridades del país no en inglés sino en español.

El artículo de Huntington ha hecho ya correr bastante tinta electrónica. En la Internet se encuentra fácilmente una copiosa cantidad de artículos de diferente índole, tamaño y grado de documentación, así como de comprensible agresividad hacia el autor y sus posiciones ideológicas implícitas en su estudio. Una de las primeras y mejor elaboradas reacciones, como era de esperar, se debe al no menos mundialmente famoso y conocido escritor y polemista mexicano Carlos Fuentes, profundo conocedor también de los Estados Unidos. Fuentes, que rechaza prácticamente todos los razonamientos e intenciones del Prof. Huntington, no duda un segundo en caracterizarlos de racistas y fascistas. Fuentes reúne sus argumentos contra Huntington en tres apartados. En el primero se pregunta si es cierto, como postula Huntington, que el mexicano es un

explotador de la sociedad estadounidense, a la cual pregunta responde: “El inmigrante mexicano, lejos de ser el lastre empobrecedor que Huntington asume, crea riqueza al nivel más bajo pero también al más alto. Al nivel laboral más humilde, su expulsión supondría una ruina para los EE. UU. John Kenneth Galbraith (el norteamericano que Huntington no puede ser) escribe: ‘si todos los indocumentados en los EE. UU. fuesen expulsados, el efecto sobre la economía norteamericana ... sería poco menos que desastroso...Frutas y legumbres en Florida, Texas y California no serían cosechadas. Los alimentos subirían espectacularmente de precio. Los mexicanos quieren venir a los EE. UU., son necesarios y añaden visiblemente a nuestro bienestar’ (La naturaleza de la pobreza de masas). En el nivel superior, el inmigrante hispano, nos dice Gregory Rodríguez de la Universidad de Pepperdine, tiene el más alto número de asalariados por familia de cualquier grupo étnico, así como la mayor cohesión familiar. El resultado es que, aunque el padre llegue descalzo y mojado, el descendiente del inmigrante alcanza niveles de ingreso comparables a los del trabajador asiático o caucásico. En la segunda y tercera generación los hispanos son, en un 55% dueños de sus propias casas, comparados con 71% de hogares blancos y 44% de hogares negros. Añado a los datos del profesor Rodríguez que sólo en el condado de Los Ángeles, el número de negocios creados por inmigrantes hispanos ha saltado de 57 mil en 1987 a 210,000 el año pasado. Que el poder adquisitivo de los hispanos ha aumentado en un 65% desde 1990. Y que la economía hispanoamericana en los EE. UU. genera casi cuatrocientos mil millones de dólares –más que el PIB de México. ¿Explotamos o contribuimos, señor Huntington?” (La Raza – C. Fuentes: El racista enmascarado, p.2, publicado 03-28-2004).

En el segundo apartado Fuentes rechaza otra serie de postulados de Huntington relacionados con el peligro de balcanización que los inmigrantes hispanohablantes representarían para la integridad de la nación estadounidense. “Según Huntington, el número y los hábitos del inmigrante mexicano acabarán por balcanizar a los EE.UU. La unidad norteamericana ha absorbido al inmigrante europeo (incluyendo a judíos y árabes, no mencionados selectivamente por Huntington) porque el inmigrante de antaño, como Chaplin en la película homónima, venía de Europa, cruzaba el mar y siendo blanco y cristiano (¿y los judíos, árabes y ahora los vietnamitas, coreanos, chinos, japoneses?) se asimilaban en seguida a la cultura anglosajona y olvidaban la lengua y las costumbres nativas, cosa que debe sorprender a los italianos de El Padrino y a los centroeuropeos de The Deer Hunter. No. Sólo los mexicanos y los hispanos en general somos

los separatistas, los conspiradores, los soldados de una reconquista de los territorios perdidos en la guerra de 1848.” (Passim, p. 4)

Finalmente en el tercer apartado, Fuentes reflexiona sobre la problemática de la lengua, y alega que: “Si diésemos vuelta (a) esta tortilla, nos encontraríamos con que la lengua occidental más hablada es el inglés. ¿Considera Huntington que este hecho revela una silenciosa invasión norteamericana del mundo entero? ¿Estaríamos justificados mexicanos, chilenos, franceses, egipcios, japoneses e hindúes a prohibir que se hablase inglés en nuestros respectivos países? Estigmatizar a la lengua castellana como factor de división prácticamente subversiva revela, más que cualquier otra cosa, el ánimo racista, éste sí divisor y provocativo del profesor Huntington. Hablar una segunda (tercera o cuarta lengua) es signo de cultura en todo el mundo menos, al parecer, en el Edén Monolingüe que se ha inventado Huntington.” (Passim)

Tomando como punto de partida y fuente de inspiración el artículo del Prof. Huntington, que es un capítulo de un libro de pronta aparición, así como algunas de las reacciones que ha despertado, por ejemplo la ya citada de Carlos Fuentes, intentaré reflexionar en el presente ensayo sobre las relaciones entre lengua y poder en una perspectiva histórica muy amplia y general. Para ello tomaré como ejemplo, precisamente, la lengua española, sus relaciones con diferentes oleadas migratorias y de expansión política que acompañan su ya varias veces centenaria historia. Trataré igualmente de esbozar la compleja problemática de las relaciones entre lengua e identidad. Estoy consciente de que al tratarse de una temática tan amplia, se corre el riesgo de caer, por una parte, en generalizaciones u observaciones que pueden pecar de superficiales, pero la problemática es, por otra parte, tan actual, que un primer esbozo de una investigación más amplia debería ser aceptable. Aunque la investigación del Prof. Huntington se organiza alrededor de la realidad norteamericana, tomando como punto de partida a Estados Unidos en tanto Estado-nación, pero olvidando lo que igualmente es un hecho: Estados Unidos es, al mismo tiempo que un Estado-nación, una potencia imperialista. Es de pensar que ha de existir cierto paralelismo entre imperios anteriores, por ejemplo el español, y el imperialismo norteamericano actual. En este primer lustro del siglo XXI y del tercer milenio de nuestra era, pareciera que la aceptada deferencia entre imperio e imperialismo ya no es tan clara. Era una verdad histórica aceptada que los imperios basaban su poderío en el control directo del territorio -así obraron romanos, incas, aztecas, chinos, españoles, ingleses, rusos, portugueses y franceses-, mientras que las necesidades de control de los imperialismos modernos no comportarían la necesidad de un control total del territorio.

Hoy parece más bien que la perspectiva de una futura, mas no muy lejana, escasez de ciertas materias primas, sobre todo de los hidrocarburos, ha comenzado a exigir de los Estados Unidos, cada vez más, un control directo de los territorios en donde yacen esos recursos estratégicos: piénsese tan sólo en el marasmo donde se está empantanando la actual administración Bush.

La lengua castellana y el imperio español

Como bien sabido es, en la historia de la lengua española, el año de 1492 fue de gran importancia. Es el año en que culmina y acaba la Reconquista de la Península Ibérica, iniciada siete siglos antes; es el año en que Cristóbal Colón zarpa hacia poniente y tropieza con el Nuevo Mundo; y es igualmente el año en que se publica la primera gramática de una lengua neolatina, escrita en una lengua neolatina: la *Gramática de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija. Bien conocida es, igualmente, la frase que se suele citar de la dedicación que hiciera Nebrija de su Gramática a Isabel la Católica, para justificar sus esfuerzos en la elaboración de la gramática de la lengua de Castilla y para legitimar su dedicación a tan altísima reina: “... *porque la lengua siempre fue compañera del Imperio.*” Es como si de forma profética Nebrija hubiese previsto la importante expansión que la lengua de Castilla conocería en el medio milenio que iba a seguir. Una expansión que continúa y que hoy preocupa al famoso profesor de Harvard, quien podría repetirla, con un ligero cambio de sentido, como argumento para reforzar la conclusión de su artículo: si los inmigrantes mexicanos pusieran en entredicho la hegemonía del inglés y cuestionaran la *American way of life*, no sólo estaría en peligro la nación norteamericana, sino el Imperio mismo, pes la lengua siempre ha de ser compañera del imperio. La amenaza que representan los *Hispanics*, y en especial los *Mexican-Americans*, renuentes a la asimilación, según Huntington, sería pues la negación de la verdad de la vieja aseveración de Nebrija. O dicho con otras palabras: el Imperio no puede ser bilingüe, en todo caso según Huntington. Además de los silencios de Huntington sobre otros grupos étnicos que conservan sus costumbres y su lengua, tal y como Fuentes lo muestra en su artículo, Huntington sólo mira a los de Estados Unidos sino como Estado-nación y no como cabeza del Imperio, Sólo el futuro sabrá responder si el profesor tenía razón en sus temores y si la aceptación del bilingüismo es el inicio del fin del Estado-nación norteamericano, como él teme, pero que es difícil de imaginar para otros, o si tan sólo será el comienzo del fin del Imperio.

La historia de la lengua española corre parejas con el devenir de Castilla. Al caer el Imperio romano, en parte por la desintegración interna del sistema mismo y en parte por la presión de las grandes migraciones germánicas -como se designa al fenómeno en la Europa del Norte, germánica ella, o las invasiones bárbaras, como se le llama al mismo fenómeno en la Europa románica del Sur- las poblaciones se fueron diferenciando cultural y sobre todo lingüísticamente. El latín, como lengua franca del Imperio, se fue transformando con el correr de los siglos en lo que más tarde serían las lenguas romances o neolatinas. A la Península Ibérica llegaron varios pueblos germánicos, pero el grupo que más éxito tuvo fue sin duda el de los visigodos. Los especialistas en la materia estiman que en la antigua Hispania se instalaron alrededor de 100.000 visigodos, entre hombres y mujeres, ancianos y niños (Ubieto, Reglá, Jover, Seco: Introducción a la Historia de España, Teide, Barcelona, 1971, p. 43 y sgts). Pronto se dio un mestizaje étnico y cultural entre los visigodos y los antiguos grupos romanizados que habitaban la Península. Este mestizaje no se vio entorpecido, como se podría imaginar, por el hecho de que los visigodos habían abrazado el arrianismo, el cual por no aceptar la creencia ortodoxa en la Trinidad, negaba la divinidad de Jesucristo. Esa herejía, que había sido condenada tanto por el Concilio de Nicea en 325 como por el de Constantinopla en 381, No llevó, aquella vez, a ningún *clash of civilizations*. Los visigodos se hicieron con el poder, instalaron su capital en Toledo y se fueron romanizando, al tiempo que abandonaban el arrianismo. Pronto apareció más bien una suerte de nacionalismo que consideraba a Hispania como algo muy especial y precioso en el seno del moribundo Imperio.

A nivel político los visigodos crearon una novedad: la celebración de los Concilios Toledanos, convocados por el Rey, pero presididos por el Arzobispo. Esos Concilios cementaron una especie de distribución del trabajo político: los visigodos ejercían el poder, mientras que era la vieja élite cultural hispano-romana, la que habiéndose hecho cargo de las antiguas instituciones de la administración civil imperial, supervisaba y controlaba al gobierno. Los visigodos conservaron el poder durante unos tres siglos, desde 410 hasta 711. Su talón de Aquiles fue, desde el principio de su dominio en la Península, su tendencia a las querellas internas y a la guerra civil. Así, a principios del siglo VIII, la rivalidad entre las dos familias más influyentes, la de Chindasvinto y la de Wamba, llevó a los herederos de este último a llamar en su ayuda a los musulmanes, que se encontraban al otro lado del estrecho de Gibraltar, para que le ayudaran a echar del trono al rey Roderick –o Rodrigo- un Chindasvinto. Pero pronto los dos últimos potentados visigodos, Áquila y Ardobasto se vieron

obligados a abdicar y entregar el poder a al-Walid, califa de Damasco. Era el año 714 de la era cristiana y 92 de la Hégira.

De la misma manera que los visigodos se habían mezclado con los hispano-romanos, los 10.000 guerreros árabes y magrebíes se casaron con mujeres hispano-godas. Mas a la inversa de lo que había sucedido con los visigodos, los nuevos detentadores del poder no adoptaron la cultura y la lengua de los conquistados; muy al contrario, la mayoría de la población de la Península Ibérica se convirtió al Islam y poco a poco se dio a hablar en árabe. Los árabes conservaron el poder en la Península durante casi ocho siglos, hasta 1492, precisamente, cuando los Reyes Católicos lograron dar fin a la Reconquista, que según la leyenda, iniciara el rey Pelayo en 722. Pelayo era uno de los reyes visigodos que no se habían convertido a la nueva religión y que sin duda participaba en los constantes encontronazos con los árabes. La batalla de Covadonga, en 722, fue una de las primeras en que los cristianos lograron vencer a alguna hueste árabe. Y como en el origen de toda “comunidad imaginada” este hecho, seguramente de escasa importancia militar, cobraría un gran significado de carácter casi mítico para la formación de la identidad castellana e hispánica.

Entre 751 y 756 la Península se vio azotada por la sequía y la hambruna. Los árabes se replegaron hacia el sur y los cristianos hacia el norte, dejando así una amplia zona fronteriza, o tierra de nadie, prácticamente despoblada. Había sólo dos pasajes por donde el contacto entre cristianos y moros tenía lugar: uno por la costa catalana y otro en el alto curso del río Ebro. Ambos fueron rápidamente fortificados, se construyeron castillos -*castellum*, *castella* en plural-, de donde proviene el nombre de Castilla: tierra de castillos. Para gran pesar de los actuales catalanes, hay expertos que también relacionan la etimología de Cataluña con Castilla, “tierra habitada por acastillados o Castellanos”. Con el correr de los siglos, y el avance de la Reconquista, Castilla se iría convirtiendo en la región más próspera y poderosa de la Península. Al mismo tiempo que el poderío económico, militar y político de Castilla crecía, el Califato de Córdoba conocía una cierta desintegración interna. Así, en 1031, el Califato se desgaja dejando aparecer los llamados Reinos de Taifas. La pérdida de unidad política del Califato hizo que los reinos cristianos pudieran más fácilmente someter a los reinos árabes y hacerles pagar tributo, avasallarlos. Toledo, uno de esos reinos de Taifas, que durante largos periodos se había asegurado un importante grado de independencia en relación a Córdoba, decidió en 1085, luego de unas cortas luchas intestinas sobre cuestiones de sucesión, entregar el poder al rey castellano. Así pasó, de un plumazo se podría decir, más de la mitad del territorio de la Península a manos del reino cristiano de Castilla.

Conforme avanzaba la Reconquista, las tierras eran repobladas, la producción de bienes aumentaba y la población crecía. El dialecto de los castellanos, con rasgos específicos que lo diferenciaban de los dialectos hablados en Galicia y en las regiones aragonesa y catalana, creció igualmente en prestigio e influencia, siendo significativa la coincidencia del año de 1492, el cual año, además de los tres eventos históricos mencionados: fin de la Reconquista, descubrimiento de América, y publicación de la Gramática de Nebrija, también es el año de la expulsión de los judíos y los moriscos. Entre ellos el más famoso es sin duda Boabdil, el último Califa, a quien su madre, cuando éste se volvió para mirar, con una lágrima en sus ojos, por última vez, su querida Granada, le reprochó su cobardía diciéndole: “Llora, llora como mujer sobre la ciudad que no supiste defender como hombre.” Fue el último suspiro del moro, anécdota que reencontramos a la base de una de las últimas novelas de otro Samuel, el Rushdie, víctima de la fatua de Jomeiní. La expulsión de los judíos y moriscos, económicamente contraproducente, marca otra necesidad del Imperio naciente; la exigencia de que sólo exista una lengua, una fe y un poder. Aquel Imperio tenía que ser católico y sus habitantes tenían que hablar y soñar en castellano. Con su partida, la producción agrícola de regadío, creada por los moriscos entro en decadencia. Mas los castellanos tuvieron suerte de encontrar el oro del Nuevo Mundo. Hoy parece que el presidente Bush no confía en la suerte y prefiere asegurarse por las armas el control del oro negro escondido bajo las arenas de la antigua Mesopotamia y sus alrededores.

Durante gran parte de la Edad Media los diferentes dialectos de la Península Ibérica gozaban de cierta igualdad. Alfonso X el Sabio escribía poesía en gallego y crónicas en castellano. El catalán conoció un impresionante desarrollo, creándose en él toda una serie de obras maestras en todos los géneros, inclusive el pensamiento filosófico de Ramón Lull. Pero bajo los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, el vasto Imperio fue organizado y el castellano devino, con múltiples aportes de otras lenguas, inclusive las amerindias, la hegemónica lengua española. El siglo XVI es el siglo español. La influencia cultural, económica y política de España fue inmensa, entre otras cosas, gracias al constante fluir de metales preciosos que llegaba de América. Poderoso caballero era don dinero, como reza la conocida letrilla de Quevedo: *“nace en las Indias honrado, / donde el mundo le acompaña; / viene a morir en España, / y es en Génova enterrado; / y pues quien le trae al lado / es hermoso, aunque sea fiero, / poderoso caballero / es don Dinero.”* (Quevedo, Obras completas, tomo II, Aguilar 1960, p. 213).

Pero ya desde inicios del siglo XVII comienza el declive del poderío español y el surgimiento de las dos nuevas grandes potencias, Francia e Inglaterra, quienes dominarán, durante prácticamente tres siglos, no sólo la historia europea, sino también la historia mundial. Es de nuevo don Francisco de Quevedo y Villegas uno de los primeros en sentir agudamente ese trágico momento histórico que le hace exclamarse, en su famoso soneto, “Avisos de la Muerte”: *Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes, ya desmoronados, / de la carrera de la edad cansado / por quien caduca ya su valentía.[...]vencida de la edad sentí mi espada, / y no hallé cosa en que poner mis ojos / que no fuese recuerdo de la muerte.* (Quevedo, Obras completas, tomo II, Aguilar, 1960, p.42).

Mas la empresa española en el Nuevo Mundo avanzaba y la mayor parte de los nuevos territorios, desde California, Texas, Nuevo México, La Florida y otros de los actuales estados sureños de EE. UU., hasta la Tierra del Fuego –dejando de lado al Brasil- la conquista y la colonización se realizaron en español. La herencia cultural y lingüística dejada por Castilla en esos vastos territorios fue indeleble y duradera, tanto como para despertar, hoy, los infundados temores del Prof. Huntington.

La lengua española hoy

Aunque el imperio español en el Nuevo Mundo se desintegró a principios del siglo XIX, en ningún momento se puso en entredicho el futuro de la lengua española como la lengua oficial de las nuevas naciones. La colonización había sido tan profunda, comparada por ejemplo con la posterior colonización francesa de otras regiones del mundo, que el grado de arraigo y de extensión social del español hicieron que esa lengua se convirtiera en el vehículo de comunicación y la base de la identidad de los pueblos mestizos que surgieron de aquel proceso. Hoy somos quinientos millones que, desperdigados por el mundo, tenemos el español como lengua materna, inclusive unos treinta y cinco o cuarenta millones en los propios Estados Unidos.

Una problemática que se discute, cuando se piensa en el enorme espacio en que el español es hablado es si su unidad podrá ser asegurada y preservada, y si sobrevivirá en los Estados Unidos, habida cuenta de que el embate del inglés a nivel mundial es tan fuerte. La relación entre las lenguas es una relación de poder. El prestigio y la utilidad de una lengua a nivel de la comunicación dependen de la correlación de fuerzas entre los participantes en el acto comunicativo. Durante el Renacimiento el italiano, o toscano habría que precisar, gozó de gran prestigio a causa del prestigio

que arropaba a la literatura y la cultura en general que se daban en esa lengua. A su vez, el desarrollo de esa literatura estaba sustentado por el desarrollo económico que las ciudades-puerto del norte de Italia habían conocido durante varios siglos. Ya vimos el caso de las relaciones de poder y prestigio entre las diferentes lenguas y dialectos que se hablaban en la Península Ibérica durante la Edad Media y la Reconquista. El prestigio de la lengua francesa durante los siglos diecisiete, dieciocho y diecinueve guarda clara relación con el poderío económico, intelectual y civilizatorio de que gozara el país desde tiempos de Luis XIV, pasando por la Ilustración, la Revolución, los embates napoleónicos, etc. Otro tanto se puede decir del imperialismo inglés y del actual norteamericano. Mas esas relaciones son complejas y hasta contradictorias. Las guerras napoleónicas fueron el enfrentamiento entre la potencia marítima inglesa y el poderío territorial francés. Los polacos recuerdan a Napoleón como a su libertador que echó de su país a los rusos, mientras que el pueblo español organizó rápidamente una guerra de independencia contra la ocupación francesa. De rebote los criollos latinoamericanos, inspirados de los sueños de libertad encarnados en los ideales de las revoluciones americana y francesa, aprovecharon la situación de ilegitimidad creada por la usurpación del trono español por Napoleón para acelerar sus propios procesos de emancipación. Durante un siglo, por lo menos hasta la primera guerra mundial, el prestigio y la influencia de la lengua francesa en la América Latina (esta denominación de la región, tan generalizada hoy, es de invención francesa) fueron de una inmensa importancia: París fue de alguna manera la capital cultural de Nuestra América. Hoy en día, el francés va siendo desplazado por el inglés, como muchas otras lenguas, y en muchos países ve su influencia y su prestigio amenazados aún por el español.

Del medio billón de hispanohablantes, unos cuarenta millones viven en Europa. Desde la perspectiva de las relaciones entre lengua y poder, es interesante echar una mirada a las relaciones entre las diferentes lenguas que se hablan en la España de las Autonomías. En el debate lingüístico que se da actualmente en España, una de las discusiones que a veces se vuelve encarnizada y virulenta, concierne el mero nombre de la lengua que al fin y al cabo habla la mayoría de los españoles: ¿esa lengua es el castellano o el español? Para muchos españoles bilingües -vascos y catalanes sobre todo, pero también gallegos, valencianos y otros- en España no existiría ninguna lengua que se pueda designar “español”. Allí se habla euskera, catalá, galego, valenciá, castellano y otras, mas no español. En este debate yace una cuestión de relaciones de poder entre las diferentes regiones autónomas que constituyen el moderno Estado español, y sus

respectivas lenguas regionales más, que una simple discusión sobre la historia de esas lenguas. El dialectólogo español Gregorio Salvador se pronunciaba, hace ya algunos años, de manera tajante sobre este debate al declarar: “Digamos, ante todo, que el futuro del español es el futuro del español de América. El centro de gravedad del idioma se ha desplazado hacia aquel continente. Casi el 90% de los hispanohablantes son americanos y, lo que es más importante, la conciencia lingüística, el esmero en el uso, la preocupación por la propiedad y la corrección en el hablar, el orgullo de su posesión y buen empleo son mucho más vivos y actuantes en cualquier país hispanoamericano que en el nuestro. Por lo pronto van siendo los únicos ahora en llamarlo con su nombre universal, *español*, como los andaluces del siglo XVI, mientras que por aquí estamos minimizando al llamarlo *castellano*, con el nombre del dialecto originario. (Salvador, Gregorio: *Lengua española y lenguas de España*, Editorial Ariel, 1987, p.82)

Vista la discusión desde la perspectiva de la América hispana, que es la amenazante perspectiva que preocupa al Prof. Huntington, la discusión acerca de la denominación correcta de la lengua no tiene el carácter polémico que reviste en la Península. Aunque algunos sigan utilizando la denominación que aparecía en mi horario de clases de la escuela primaria en Costa Rica, castellano, tal y como lo hace Carlos Fuentes en el artículo citado más arriba, nadie está en duda de que así utilizado el concepto, “castellano” es sinónimo de “español”. Es posible que apenas terminadas las guerras de independencia se haya preferido utilizar la denominación “castellano” en lugar de “español”, pues esta última haría pensar en el más o menos odiado imperio del cual los criollos se acababan de liberar. Pero hay otros que de manera más consciente se han pronunciado al respecto: es evidente que los latinoamericanos hablamos español y no castellano, por ejemplo Octavio Paz, quien además subrayaba la relación entre lengua e identidad: “Yo me siento ciudadano de la lengua española y no ciudadano mexicano –decía Octavio paz, en junio de 1980, en una entrevista que le hacían en la revista *El viejo topo*–; por eso me molesta mucho que se hable de lengua castellana, porque el castellano es la lengua de los castellanos y yo no lo soy; yo soy mexicano y como mexicano hablo español y no castellano.” (Ibidem p. 92)

Así se hace evidente que existen tanto el castellano como el español, pero son dos realidades diferentes. A pesar del prestigio del castellano como el dialecto original, hoy es tan sólo una variante más del español, como el porteño, el chileno o cualesquiera otras variantes regionales; mientras que el español debe ser, por un lado, la suma de *todas* esas variantes, y por otro, constituir no una abstracción, sino una clara

coiné, que sin caer en una anémica realidad descarnada, evita las variaciones regionales que impedirían la comprensión fluida de esa lengua común. En este aspecto la importancia de los medios masivos de comunicación, tal vez más que la escuela y el libro, juegan un papel de importancia mayor. Entre las excelentes publicaciones del Centro Virtual Cervantes, hay un artículo interesante de Alberto Gómez Font, sobre “El ‘español internacional’ y la prensa hispana en Estados Unidos” (http://cvc.cervantes.es/obref/espanol_eeuu/agomez.htm) que recoge los esfuerzos llevados a cabo por los medios masivos de comunicación, no sólo en Estados Unidos sino en todo el ámbito hispanohablante. Problemática discutida en diferentes congresos internacionales, como el que tuvo lugar en Valladolid en 1996 sobre la temática: “El español y los medios de comunicación”, y el de Zacatecas del año siguiente sobre las mismas problemáticas, y muchos otros que han seguido. En los últimos años los grandes diarios de los dos lados del Atlántico así como las mayores agencias de noticias y los más importantes canales de televisión y emisoras de radio, y las agencias de doblaje, han elaborado manuales de estilo para uso de sus periodistas y redactores, en un esfuerzo concreto para establecer una suerte de convergencia en el uso de un español común. Como lo subrayó en su ponencia, José Antonio Millán, uno de los participantes en el congreso internacional de Zacatecas: “La mencionada versión del español es lo que se suele conocer como ‘español neutro’, y que quizás merecería llamarse ‘español común’. Cada denominación recalca un aspecto: el propósito del emisor es, efectivamente, que la variante resulte *neutra* (es decir, no marcada respecto al lugar de procedencia) para cualquier oyente del ámbito hispano; el medio para lograrlo, es escoger los términos que son *comunes* a las distintas variantes nacionales” (Passim p.7, y Millán, José Antonio: “El español de las redes globales”, *La lengua española y los medios de comunicación*.(Actas del Primer Congreso Internacional de la lengua española). Ed. Siglo XXI, México, 1998.

Es fácil entender el apego del inmigrante a su lengua materna de origen, pues es parte constitutiva y constituyente de su identidad y de su ser. Pero son sin duda las circunstancias las que le posibilitarán el grado de mantenimiento de su lengua originaria y la adquisición de la lengua de su nuevo país. Pero lo que llama la atención en el debate actual, un poco por todo nuestro mundo tan marcado por las migraciones, es el grado de intolerancia frente a la “lentitud” que muestran los inmigrantes con respecto a la adquisición de la nueva lengua y el proceso de asimilación: no es lo mismo ser bracero más o menos analfabeto e ilegal que inmigrante diplomado de universidad. En el caso de Huntington, sus contradicciones

son llaman la atención, habida cuenta de su pretensión científica. Por un lado reprocha incansablemente a los inmigrantes de origen mexicano sus dificultades y su aparente renuencia a integrarse y a aprender el inglés y a identificarse como *Americans*: “Anecdotal evidence of such challenges abounds. In 1994, Mexican Americans vigorously demonstrated against California’s Proposition 187—which limited welfare benefits to children of illegal immigrants-by marching through the streets of Los Angeles waving scores of Mexican flags and carrying U.S. flags upside down. In 1998, at a Mexico-United States soccer match in Los Angeles, Mexican Americans booed the U.S. players. Such dramatic rejections of the United States and assertions of Mexican identity are not limited to an extremist minority in the Mexican American community. Many Mexican immigrants and their offspring simply do not appear to identify primarily with the United States.” (Ibidem p. 40)

El “problema” de Miami es diferente, por no decir lo opuesto del caso de los Mexicanos. “Miami is, declara Huntington, the most Hispanic large city in the 50 U.S. states. Over the course of 30 years, Spanish speakers-overwhelmingly Cubans-established their dominance in virtually every aspect of the city’s life, fundamentally changing its ethnic composition, culture, politics, and language. The Hispanization of Miami is without precedent in the history of U.S. cities. (Ibidem p.42) Económicamente Miami es una suerte de milagro. “Today the Cubans can legitimately claim that, in the words of Prof. Damian I. Fernández of Florida International University, ‘We built modern Miami’, and made its economy larger than those of many Latin American countries.” (Passim)

El éxito de los cubanos de Miami tampoco satisface al Prof. Huntington; que estén perfectamente integrados en los negocios, la política y la vida social y cultural no es suficiente. Su bilingüismo y biculturalismo les hace sospechosos a los ojos del profesor. Que la gran mayoría de ellos haya conservado el español a la vez que han adquirido perfectamente el inglés no despierta ningún sentimiento de simpatía en Huntington. No son personas cultas que hablan dos o varias lenguas, como estima Carlos Fuentes. Es una suerte de pecado original para el cual no existe perdón.

El Prof. Huntington cierra su artículo reflexionando sobre las diferencias irreconciliables que separan a los *Mexican Americans* de sus compatriotas blancos anglo-protestantes, rechazando, al mismo tiempo, algunas de las ideas de otros conocidos profesores, algunos de ellos latinoamericanos, que trabajan o han trabajado en otras tantas prestigiosas universidades estadounidenses, tales como Castañeda, Kaplan, Dorfmann, entre otros, para asestar una estocada final a un exitoso hombre de negocios de Texas, Lionel Sosa, que según Huntington se equivoca rotundamente al

postular la existencia, o la mera posibilidad, de un “*Americano dream*”: “Sosa ends his book, *The Americano Dream*, with encouragement for aspiring Hispanic entrepreneurs. “The Americano dream?” he asks. “It exists, it is realistic, and it is there for all of us to share.” “Sosa, asegura Huntington, is wrong. There is no Americano dream. There is only the American dream created by an Anglo-Protestant society. Mexican Americans will share in that dream and in that society only if they dream in English.” (p.45)

El bilingüismo y el biculturalismo en países realmente existentes, por ejemplo Canadá y Bélgica representan no un sueño, sino una pesadilla para el pobre profesor: “The transformation of the United States into a country like these would not necessarily be the end of the world; it would, however, be the end of the America we have known for more than three centuries. Americans should not let that change happen unless they are convinced that this new nation would be a better one.” (Passim) Huntington debería interesarse un poco más por la historia. Quizá eso le llevaría alguna paz a su atribulada conciencia, pues parece que las lenguas son más longevas que los imperios. Inglaterra no dejó de existir como Estado-nación a causa de la pérdida de su imperio, y la lengua inglesa tiene igual éxito, o quizá mayor aún, que la lengua que Nebrija describió por primera vez hace ya más de medio milenio.

* Universidad de Aarhus, Dinamarca.